Cristocentrismo

Jesús Montero Tirado, SJ

Artículo extraído del libro "Un camino entre dos fechas" 1871- 1971

SUMARIO

1. Lo que está en el centro es punto de referencia.

2. El centro es punto de gravitación.

3.El centro es punto de equidistancia.

4.El centro está en medio de.

5. El centro es punto de reclamo.

6. El centro es punto de cita y de convergencia.

7. El centro es símbolo y referencia de lo esencial.

8. El centro es corazón, centro vital.

9. Centrar es poner en la línea del eje.

10. Centrar es evitar la dispersión.

11. Centrar es también concentrar.

12. Centrar es también enfocar, dar con el enfoque.

13.Centrarse es alinearse, ponerse en línea.

14. Centrarse es aplicarse algo.

15. Centrarse es equilibrarse, ponerse en la línea de gravitación.

16. Cristocentrismo ¿por qué?

En cada página del Nuevo Testamento, en los rincones y pasajes más emocionados de Filipenses, Efesios, Corintios y testimonios de San Juan..., se nos evidencia y justifica brillantemente lo que Cristo puede y debe significar para la persona que, buscando en su vida lo definitivo y trascendente, pone toda su ilusión en Cristo. Porque Cristo personaliza lo anhelado por esa búsqueda ambiciosa de quienes queremos lo infinito retenido en nuestras limitadas manos. Porque en Cristo se descubre el corazón, fuente y término del amor que nos imanta y nos empuja.

Hablamos hoy de este dinamismo enamorado que nos obsesiona con Cristo, que nos mueve centrífuga y centrípetamente en y para Cristo. Hablamos del cristocentrismo, no desde la exégesis que otros expertos nos hicieron ya, sino desde la fuerza expresiva del lenguaje popular, cuando descubre en sus dinamismos expansivos y concentrados la belleza del ser, estar, depender de la médula del corazón amado. Recogemos de sencillas palabras de cotidiano charlar toda la profundidad que encierra la metáfora del centro, en sus diversas manifestaciones. Y aplicamos a nuestra relación con Cristo, que es nuestro centro, esa riqueza expresiva, iluminadora para nuestros gozos y dolores de amor.

1. Lo que está en el centro es punto de referencia

Frecuentemente en nuestra manera de hablar citamos el centro, como un punto de referencia. Dicho así, porque Cristo es nuestro centro, Cristo es también, debe serlo, nuestro punto de referencia. Aplicando la metáfora subjetivamente, concluimos con otra verdad: Cristo será nuestro centro, si lo referimos todo a El.

Se trata, pues, de que afectiva y ascéticamente Cristo sea nuestro punto de referencia, nuestro baremo de comparación.

Se trata de poner a Cristo en el centro, para que podamos todos referirnos constantemente a El, para que todos lo veamos, para que continuamente se le pueda observar. No se puede marginar a Cristo. Entonces no será verdad el cristocentrismo, porque Cristo no llegará a ser punto real y eficaz de referencia personal *y* común. Si orillamos a Cristo, El no será nuestro centro.

Cuando pedimos que una cosa o persona se ponga en el centro es porque queremos asegurarnos la posibilidad de verle y observarle siempre que lo deseemos, sin obstáculo que lo impida, sin distancia no superable. Poner a Cristo como punto de referencia, es ponerlo de tal forma en nuestra vida, que no haya entre Él y nosotros obstáculo alguno que podamos en cada instante verle y alcanzarle, observarle y escucharle, medirle y compararle. Sí compararle. Porque como punto de referencia Cristo es nuestro metro o baremo, por el que justamente valoro, mido, aprecio o desprecio todo lo demás que no es El, a quien hemos constituido centro.

Cristo es además nuestra referencia segura para el presente, para el pasado y para nuestro futuro.

2. El centro es punto de gravitación

El centro es siempre un punto de gravitación, contiene fuerza de gravedad.

Así Cristo tiene que ser nuestro punto de gravitación, el centro de nuestro campo, de nuestra tierra, el punto de gravedad, donde gravitan todas las cosas, hacia el que tienden inexorablemente, connaturalmente todas nuestras cosas. Cuanto tengamos en la periferia de nuestro ser, o en las propias entrañas, necesitará el eje de tensión, la línea, el radio, el rayo de convergencia por donde cabalga todo hacia su centro, Cristo. Cristo tiene que ser nuestro centro de gravedad, el imán centrado que atrae fascinante y tenazmente toda nuestra atención. Y aun sin ella, será el imán que incline todo nuestro ser y toda nuestra vida hacia Él.

La gravedad de la tierra es constante. Sólo fuera del área de nuestra tierra se pierde la gravedad. Como con Cristo. Su atracción debe ser una constante. Pero puede suceder que aumentadas indebidamente las distancias, Cristo no atraiga. En ciertas condiciones de vida, en ciertas áreas la fuerza de gravitación de Cristo centro no nos afecta. Para estar bajo la acción y la fuerza imantadora de Cristo es necesaria una relativa proximidad con El. Hay sitios, hay posturas, hay situaciones crónicas, en las que aun siendo Cristo el único centro, no soy atraído por El. Porque no caigo, no estoy en el área de su influencia. Me he salido del radio de su acción. No habrá frutos del amor, si nos alejamos del campo donde se vive el amor. La fuerza y fecundidad de Cristo, será estéril en mí cuando me salga del área de influencia de Cristo.

Más aún. Esa fuerza atractiva arrastra incontenidamente hasta la penetración en la intimidad de Cristo, hasta la distensión abandonada en el centro del centro de Cristo. Cristo nos llama como centro a su centro, a la médula de su médula, al corazón de su corazón, hasta la permanencia estable y eterna en su más íntima intimidad, hasta la fusión en la unidad.

Esta constante invitación de amor y compenetración de Cristo, será realidad en la medida en que me abandone a la ley de su gravedad, a la fuerza atractiva de su fiel amor. Sólo mi fuga por la tangente, mi emigración a los campos de otras gravitaciones impedirían mi vocación cristocéntrica. Nada afecta al emigrante lo que pasa en la piel de su país. Desde la tangente huida no hay radio para llegar al corazón. Si monto mi corazón sobre piedras o zarzas, o sobre la tersa costra del camino endurecido, será imposible la fuerza de fecundidad de Cristo para mi semilla. Mi grano, salido de la tierra donde llega la influencia de Cristo, no germinará, no producirá, no será sementera. En la medida en que mi corazón caiga en la buena tierra donde se siente la atracción de Cristo, en esa medida penetraré en la entraña íntima de Cristo y será mayor la fecundidad y la estabilidad gravitando en su fuerza.

3. El centro es punto de equidistancia

Todo dista igual del centro. Cuando todos quieren usar o disponer de algo simultáneamente, lo centran, lo ponen en el centro para que esté al alcance y servicio de todos. Como el aperitivo entre amigos, como la fuente en la mesa del hogar.

Efectivamente. Porque Cristo es nuestro centro, pasando por Cristo, todos estamos a la misma distancia, en la misma curva. Y porque Cristo está en el centro, debemos todos alcanzar a Cristo, servirnos de su servicio conscientes de nuestra común cercanía, de nuestra pareja e igual distancia. Quiero decir, y apunto otro matiz, que nuestra participación de Cristo es común, es similar y coincidente. Como si Cristo fuera nuestro aperitivo o la fuente que alimenta a los hermanos que se sientan en la misma mesa del hogar: la mesa del Pan que se sirve como Eucaristía y se guarda en el centro visible y alcanzable de nuestros Sagrarios. Que esta equidistancia de Cristo nos iguala en el mismo nivel de familia o hijos de Dios.

Centrado Cristo en un punto de equidistancia y convergencia, donde coinciden nuestras energías, atenciones y presencias, llegamos a El por las mismas razones de necesidad y esperanza.

Porque todo dista igual del centro, todo y todos en mi vida distan lo mismo de Cristo. Es decir todo, frente a Cristo, si está en el área de Cristo, en la curva del campo de Cristo, dista, vale lo mismo para mí. La equidistancia de las cosas con respecto a Cristo me las hace equiparables, igualmente afectantes y afectadas. Más claro: si todo dista lo mismo de Cristo y Cristo es mi centro, encuentro en mi cristocentrismo el fundamento de la indiferencia. Es aquí donde descubro el más profundo concepto y valor de la auténtica indiferencia. A la hora de medir con el baremo Cristo, porque Cristo es mi centro, todo me vale comparativamente lo mismo: todo me da exactamente igual, todo me vale igual, precisamente porque mi gran valor, mi absorbente valor es Cristo. Ante El y por El todo me es indiferente. Comparativamente, relativamente, es tan totalizante Cristo, que en su presencia, en mi vivencia, todo lo demás me es realmente indiferente. Es tanta nuestra preferencia por El, que se hace evidente la indiferencia ante lo demás. Al lado de Cristo, todo, lo demás carece de relieve, no destaca, no tiene diferencia, todo queda igual. Lo único, el único no igual es precisamente Cristo, piedra central en la arquitectura de todo lo existente. Ante su grandeza, todo es igualmente chico; ante su riqueza, todo es igualmente pobre; ante su abundancia, todo es igualmente escaso; ante su fuerza, todo es igualmente débil; ante su poder, todo es igualmente impotente; ante su amor, todos somos igualmente pecadores.

4. El centro está en medio de...

Estar siempre en medio puede ser sinónimo de estorbo. Decimos: quítate del medio, estás siempre en medio", cuando alguien es obstáculo. Pero "estar en medio" es también símbolo de distinción. Destaca, se distingue quien está en medio. Rodeamos a quien por ser distinto queremos escuchar, admirar. Se sitúa en el centro, se hace rodear, quien pretende llamar la atención para destacar distinguiéndose. Así el estrellato, así la coquetería, así quien tiene algo que decirnos y repartir. Ese estar en medio, en cualquier hipótesis, conquista siempre la dependencia.

Vivir el cristocentrismo es hacer que Cristo "esté en medio de todos, teniéndonos pendientes, haciéndonos depender de Él.

Porque Cristo es nuestro centro, debemos ponerlo en medio. Cristo es nuestro astro, nosotros sus satélites. Hay que poner a Cristo en medio de todo, absolutamente de todo, de manera que todo gire en torno a Él. En medio de nuestros afectos, en medio de nuestras ideas, en medio de nuestras tendencias, en medio de nuestras ilusiones, en medio de nuestros sueños, en medio de nuestros deseos, de nuestra imaginación, de nuestros recuerdos; en medio de nuestro trabajo, en medio de nuestra casa, en medio vital de todo. Sólo así Cristo es verdaderamente centro. Porque Cristo es distinto, es quien destaca en el vértice sobre todo y provoca nuestra admiración, reclama nuestra atención y logra que todo nuestro ser gire en torno a Él, que es el eje de nuestra vida.

5. El centro es punto de reclamo

Y así el centro es también punto de reclamo. Frecuentemente ponemos en el centro lo que reclame nuestra atención, lo que queremos enaltecer. Por ejemplo en urbanismo o decoración. En el centro de la plaza ponemos la fuente que vitalice y humedezca, dé dinamismo a la sequedad árida del adoquín. Para conseguir más armonía y vida, estética y dinamismo ponemos la fuente como reclamo de atención en el cruce funcional de las calles. Centro de reclamo es el monumento a una personalidad a quien queremos enaltecer porque dejó huella en la historia de nuestra sociedad.

Quien quiere vivir el cristocentrismo pone a Cristo como punto de reclamo, como llamada de atención o enaltecimiento, en el centro luminoso de su conciencia, en las cruces de sus vías o en los espacios reservados para ensalzar.

Cristo, como luz central, fogonazo y constante centelleo fascinador debe atraer, seducir nuestra atención. Debe ser como un monumento enaltecido, levantado por nosotros mismos al descubrir sus eminencias, la trascendencia de su vida y persona para nuestra propia historia y nuestra sociedad.

6. El centro es punto de cita y convergencia

Cuando decimos "vamos al centro", "en el centro de la ciudad nos veremos", queremos decir que vamos desde las afueras allá, para coincidir en un punto de cita, en un sitio de convergencia, donde todo el mundo suele acudir. Es citarse en el centro de la ciudad, salir al centro a las compras o a cuanto tuviéremos que resolver de nuestra comunitaria convivencia, de nuestra sociedad.

Para nosotros Cristo también es lugar de cita de todos. Teníamos rota la sociedad, la familiaridad con Dios y Cristo ha sido el lugar de cita con el Padre, donde llegamos a ser familia de Dios. Él se ha citado con los hombres al encarnar nuestra humanidad y nos ha atraído, polarizado hacia sí para presentarnos al Padre, recapitulando en su plaza todas las cosas para consagrarlas y entregarlas a Dios. En el Calvario, en la convergencia de la vertical divina y la horizontal humana ha atraído hacia sí todas las miradas, y en la cruz se constituye el lugar de encuentro entre Dios y los hombres, el lugar de cita para la alianza. En el corazón de Cristo, hemos coincidido Dios y los hombre por su amor.

7. El centro es símbolo y referencia de lo esencial

El centro hace siempre referencia a lo esencial, a lo medular, apunta al valor nuclear o esencial. Un concentrado de aroma es una esencia aromática, que vale más precisamente porque está concentrada, porque tiene más densidad, porque tiene más fuerza, porque en menos extensión hay más valor y profundidad de olor.

Para llegar a ser Cristo nuestro centro, tiene que ser El un concentrado de todos los ideales humanos de nuestra vida. A la hora de ofrecer, obsequiar un ideal de vida - ideal afectivo, ideal imaginativo, ideal ideológico... - nosotros sabemos que Cristo es el mejor. En Él está la síntesis, la concentración de todos los ideales. La historia nos lo demuestra. Nuestra propia experiencia lo avala: en cualquier situación concreta, puedes ofrecer siempre un aspecto de Cristo, ideal y perfecto. Cristo es como archivo completo de valores humanos. Tan gigantesco, tan exuberante de todas las posibles cualidades humanas, que no hay cualidad humana que en Él no encuentre la versión mejor. No es afirmación donosa por prejuicio afectivo en favor de un Cristo tan querido, no es atribución exagerada por el amor, es justa valoración de su psicología y personalidad que encarna en grado eminente, cuanto nuestro humanismo pueda soñar y alcanzar.

Si tú tienes sequedad, Cristo es jugoso, conversación y caricia fluida que riega tu corazón y le hace gustar el gozo de la mansa lluvia iluminada. Si rezumas abundancia afectiva, Cristo tiene capacidad de absorción total. Si necesitas ideas brillantes, Cristo te inspira con su aguda dialéctica. Si tu debilidad casi cobarde hambrea valentía, Cristo te anima con el recuerdo de su fuerza frente a los mercaderes. En cualquier cosa que tú necesites podrás encontrarla en El. Cristo tiene respuesta y servicio adecuado para todas tus indigencias y aspiraciones, porque en Él se da la concentración de todos los valores humanos.

Bonito trabajo de nuestro quehacer apostólico: dar a conocer y a creer a un Cristo plenitud para todas las actuales exigencias de nuestros hermanos. Cristo Alfa, Omega, Principio, Fin, Pasto, Pastor, Cordero, Redil, Puerta..., todo. Cristo concentra en sí los más profundos, los más intensos, los más densos valores de nuestra humanidad aspirante a divina.

8. El centro es corazón, centro vital

El centro es en el hombre el corazón, el centro vital. Cristo es el corazón de nuestra vida sobrenatural, es el motor de todas nuestras vivencias sobrenaturales. Al amor y a la sangre de Cristo, a su corazón, le debemos nuestra vida. Vosotras le debéis vuestra filiación.

Cristo además de corazón central (nuestro organismo también está vertebrado desde otro centro, la médula) es el eje de nuestra columna que nos posibilita la verticalidad, nos da tensión y posibilidad de atención, de acecho, de observación y acción en altura, porque Él es centro neurálgico por donde puede correr nuestra energía, donde puede flexionarse y empinarse toda nuestra capacidad activa. Así actúa Cristo en nuestra vida. A Cristo hay que ponerlo como centro neurálgico que nos capacite con flexibilidad para la acción: "todo lo podemos en aquel que nos conforta". Si a Cristo no le tenemos en el

centro, nada podremos. Cristo es médula, por donde corre el nervio y pasa la savia que nos une y revitaliza, para que nuestros sarmientos produzcan frutos.

La riqueza expresiva del concepto "centro" no sólo está en estas metáforas. Hay más. Del sustantivo pasamos al verbo, que enriquece matices útiles para nuestra tarea de iluminar la ascética del cristocentrismo.

9. Centrar es poner en la línea del eje

Al ajustar algo decimos: empuja un poco más que aún no ha llegado al centro, a su sitio, hay que clavarlo en su sitio, hay que ponerlo en línea central por donde encaje con su eje, hay que centrarlo. En términos futbolísticos, centrar es poner un balón en el eje del campo frente a la portería enemiga. En este caso -dicho sea con humor- Cristo es nuestro mejor delantero centro.

Centrar en Cristo es poner nuestras cosas en su eje, empujar nuestras cosas hacia el eje donde El está. Al decir nuestras cosas, las incluyo todas. Estaremos centrados, alineados en Cristo, si con nosotros acarreamos lo nuestro para consagrarlo todo en El.

10. Centrar es evitar la dispersión

Cuando hablamos decimos, vamos a centrar el tema y a no divagar. Lo que queremos es evitar la dispersión, queremos recoger los recursos de todos atendiendo sólo a ese punto.

Centrar en Cristo es atender a Cristo, poner en juego todos los recursos, sentidos, estímulos, observación, todo... en Cristo. Es volver nuestra atención a Él. Estás centrado en Cristo si vives la dulce obsesión de El: y tus ojos lo buscan, tu memoria lo recuerda, tu imaginación lo evoca, tus sentidos lo sienten.

Cuando una persona está centrada en Cristo, con toda su atención en Él, sin perder oportunidad de atenderle, revela una fisonomía espiritual característica, que imanta y persuade en favor de Cristo que transformó.

11. Centrar es también concentrar

Cuando la situación requiere más de nuestro ser, cuando no basta una atención efímera, cuando la comunicación requiere más de nuestro mundo interior, más de nuestra intimidad, entonces no nos basta centrarnos, necesitamos concentrarnos. Cuando se quiere dar más del ser, más de lo íntimo, más de lo que no está a flor de piel, hay que concentrarse.

Si queremos dárselo todo a Cristo, si queremos entregar lo más íntimo, lo más interior, necesitamos concentrarnos en Cristo.

Es, por ejemplo, la diferencia clarísima entre una oración suficientemente comunicativa, pero superficial e intrascendente, y la comunicación interior de hondos problemas

íntimos para la que se requiere más entrega de nuestro ser concentrado y manifestado en sentimientos, experiencias e intimidades casi inefables. Entonces necesitamos concentrarnos densamente en la oración para aflorar ese mundo interior. Por eso no bastan las oraciones comunitarias, no bastan oraciones dispersas o difusas en paseo o actividad. Quien haga siempre la oración leyendo o paseando, o pasivamente ante el Sagrario, no dará nunca todo su ser. Estará dando su tiempo, su presencia, sus cosas, incluso sus afectos, pero no estará dando lo más suyo, únicamente suyo: su ser más íntimo. Para eso hace falta concentrarse. Es como la experiencia paralela de la comunicación humana del amor. Necesitan los dos concentrarse y evitar la dispersión para lograr la entrega de lo íntimo y profundo en ese clima de intimidad concentrada.

También espera Cristo que nos concentremos con El y en El para que le demos lo íntimo que a nadie dimos y le pertenece por nuestra consagración.

La concentración supone frecuentemente un esfuerzo, renuncia a la vida de los sentidos para bucear por el fondo del mundo interior, y recoger sin reservas de lo bello e intacto que le regalamos, como el mejor don que pudiéramos ofrecerle.

12. Centrar es también enfocar, dar con el enfoque

Enfocar un asunto, es centrarlo, plantearlo en su sitio para resolverlo bien. Enfocar es poner los ejes centrados, para que la visión sea buena. Nuestra óptica, nuestros puntos de vista estarán centrados en Cristo si responden al enfoque de Cristo. Si yo enfoco las cosas desde un punto de vista personal y subjetivo y no coinciden con el enfoque de Cristo, no estoy centrado en Cristo. Mi vista, distraída en otros paisajes, no verá a Cristo fuera de su eje. Yo tengo que enfocar las cosas con la perspectiva de Cristo, verlas desde su punto de vista. Punto de vista trascendente, no inmanente. Por ejemplo, desde el punto de vista de Cristo el desarrollo, el trabajo, mi acción, el progreso, tienen sólo un enfoque de valoración y aprecio: la consagración con la redención, transformarlo todo para que sea grato a Dios.

Mientras yo no enfoque las cosas con la óptica de Cristo, no estoy centrado en Cristo.

13. Centrarse es alinearse, ponerse en línea

Centrarse es ponerse en línea con Cristo, es decir, pensar y seguir yendo por su propio eje, por su propio camino. Mi línea es la de Cristo. No estar ni con filosofía marxista ni con filosofía socialista, ni con filosofía capitalista, por ejemplo. No estar con más filosofía de vida que la filosofía de Cristo. Si ello implica un cambio de política, un cambio de la sociedad, un cambio de las estructuras que tenemos, aceptaré las consecuencias para vivir como lo quiere Cristo, a quien he preferido por sí mismo y no por política, economía o filosofía.

Naturalmente somos conscientes de que ese estilo de vida, su manera de actuar forjará una comunidad humana peculiar, donde, por ejemplo, la estructura económica quedará afectada por la coparticipación de todos los bienes, por la comunidad de bienes puestos en común; como las reglas políticas y sociales quedarán configuradas con otros perfiles y exigencias que desmonten nuestra actual filosofía y praxis económica y política.

Nos alineamos, seguimos las huellas de Cristo. Si ello implica enfrentamiento con otras líneas padeceremos las consecuencias hasta el circo de leones como primeros cristianos, que se apuntaron al eje de Cristo.

Que se habla dentro de la Iglesia de izquierdas y derechas es uno de los síntomas de secularización en conceptos y actitudes. En Cristo no tiene sentido hablar de izquierdas o derechas. Eso es catalogación puramente mundana y circunstancial. Nuestras ideas con Cristo son absolutas para toda la vida. Entre nosotros no puede haber izquierdas ni derechas, ni superavanzados ni superretrasados, porque es Cristo quien marca el ritmo, el paso, el tiempo y el progreso.

14. Centrarse es aplicarse a algo

En nuestro caso será aplicarse a Cristo. Decimos: esta chica no está centrada, está disipada, pierde el tiempo con tonterías, se le va lo mejor de su vida en superficialidad, no es una chica aplicada a lo sustancial. Centrarse es aplicarse completamente a lo sustancial, a lo importante, dejándose de todo lo accidental.

Este es el objetivo: aplicarnos, dedicarnos completamente a Cristo. Para estar centrados en Cristo hay que aplicar toda nuestra energía a El. No seremos religiosos centrados, si no nos aplicamos, dedicamos a Cristo.

15. Centrarse es equilibrarse, ponerse en la línea de gravitación

Centrarse en Cristo es también equilibrarse en Cristo, es ponerse en la línea de gravitación de Cristo.

Una chica equilibrada y centrada es la que está madura; una chica equilibrada, madura es la que tiene peso.

Para nosotros, centrarnos en Cristo es estar maduros por tener peso específico de Cristo. La gente distingue y reconoce a la persona de Dios que tiene madurez, que tiene peso de Dios, que está equilibrada, que no se cae, que aguanta viento y empujón, porque en equilibrio se mantiene por el peso de Dios.

16. Cristocentrismo, ¿por qué?

El cristocentrismo se justifica por Cristo mismo, por lo que Él es. Cristo es el centro de la creación. Cristo es el primogénito de todas las criaturas. Cristo es el centro de referencia, el imán sobre el que gravitan todos los valores y todas las fuerzas de la vida sobrenatural, la carga de vida y energía. Es el eje sobre el que nos podemos elevar al Padre. Cristo conciencia en sí la esencia de todos los valores humanos y divinos, es con- centrado de cuanto existe.

Es el Pimpollo de la creación, todas las cosas van a ser recapituladas en Cristo, y la naturaleza está gimiendo de parto, está descentrada, está desequilibrada, está contorsionada, está en conflicto consigo misma por- que no ha logrado centrarse en el

eje del amor de Cristo; porque no está redimida. A nosotros nos toca colaborar con Cristo para corredimir con Cristo esta naturaleza que gime dolores de parto hasta que todo sea recapitulado en Cristo Jesús, es decir, recentrado en la Cabeza Centro: Cristo. Cristo es el eje que da movimiento a todo hacia el Padre. Cristo como esencia, da olor, sabor a cuanto con Él se roza. Cristo como centro de atracción atraerá a todos hacia sí en el centro de cita, en el centro de conversión. Cristo es el centro de cita para conversión y conversación entre el Padre y los hombres.

Cristo es Cabeza, centro capital, centro vital del Cuerpo Místico.

Cristo es cepa en el centro que nutre y revitaliza todos los sarmientos. Cristo como Primogénito y Hermano mayor centra la admiración de todos los hermanos menores. Como Padre de la nueva creación, como nuevo Adán, recapitula en sí, nos engendra y nos hace nacer a la nueva vida de Dios. Es centro terminal como la meta de la creación. El más bello y grande de los hijos de los hombres, es el centro de mesa que enaltece nuestra casa. Cristo como Palabra y Voz - "nadie jamás habló como este Hombre"- es el centro de nuestra atención en todas nuestras escuchas. Cristo como luz, es el centro y punto de fusión de todas las miradas y la fusión de todos los calores: subyuga porque calienta y anima. Cristo como luz hipnotiza y alucina a cuantos estamos mariposeando en la vida hasta encontrarnos con el fogonazo de su luz.

Cristo como Verdad centra nuestros temas e ideas en la justa valoración de todo pensar y en el silogismo central por donde se progresa hacia la plenitud del encuentro de la verdad suprema.

Cristo como Camino es la autopista central por donde sin obstáculos podemos acelerar nuestra marcha; adonde convergen todas las veredas y todos los caminos que nos podrían dispersar del verdadero camino para el Padre. Cristo es el único camino, el camino central para el Padre.

Cristo es como el péndulo de nuestro corazón. Andamos de un lado a otro buscando donde posar y sentir en movimiento su gozo, y Cristo nos deja sosegados en el peso firme. el justo equilibrio de la plomada. Nuestro corazón estará pendulando de un sitio a otro, moviéndose en una y otra dirección, hasta que nos encontremos en el peso de gravitación de Cristo que es nuestro centro de gravedad.

Por todo esto, cristocentrismo.

Cristocentrismo porque nunca lograrán nuestras comunidades la recia unidad flexible hasta que no coincidamos todos como vértebras en la columna vertebral de nuestra vida comunitaria, que es Cristo.

Cristocentrismo porque Cristo puede enriquecer todas nuestras potencialidades, todas nuestras energías para la escalada de Dios, según cuan- to de El nos cuentan los autores del Nuevo Testamento: es verdad, Vida, Camino, Luz, Pan, Palabra, etc..., es decir cuanto puedan apetecer las exigencias de nuestra vida más ambiciosa.

En realidad bastaría justificar el cristocentrismo por lo que es Cristo en sí mismo. Pero siendo suficiente para nuestro cariño, hay quien a Cristo le pide además utilidad. Una mentalidad utilitaria quiere saber también del rendimiento: para qué sirve el cristocentrismo.

En nuestro plano de fe sólo el cristocentrismo nos hace eficaces: "Sin mí nada podéis hacer", "todo sarmiento que no está unido a mí, no pue- de dar fruto". Esta es la verdad, que no habrá rendimiento alguno en nuestra vida, que nuestra vida sobrenatural será estéril si no estamos insertos en Cristo.

Vuestro cuerpo es estéril si no espera la Resurrección con Cristo. Vuestro corazón será estéril y la virginidad una indigencia si no amáis a Cristo. Sólo Él producirá en vuestro corazón infinitos amores e infinitos corazones por el amor entrañable de entrañas maternales que encarnan la fecundidad del espíritu y engendran a Cristo en otros. Vuestro pensar será estéril si no pensáis con la luz de Cristo. Andaréis tropezando entre ideas sutiles, brillantes, aparentes, todas caducas, como caducas fueron todas las filosofías a través de la historia. Sólo lo que se ha visto con la luz de Cristo aparece como verdad para siempre. Por bonitas y oportunas que aparezcan las ideas, serán ideas propias, pasajeras, nunca esenciales. Porque la esencia de nuestra vida se descubre con la luz de Cristo.

No engendraréis criaturas para Cristo sin Cristo. No arrastraréis a nadie para Cristo sin Cristo. Sólo la transfiguración, la transformación, la identificación con Él os hará ser otros cristos, capaces por tanto de ir por todas partes como apóstoles, sembrando a Cristo y preparando la cosecha para la hora de la siega que Cristo está esperando hacer.

¿Eficacia del cristocentrismo?: Toda. Sin cristocentrismo, ninguna. Si queréis, mejor será centraros en Cristo al estilo mariano que tanto os caracteriza. En María es evidente y nítido el cristocentrismo. Toda la vida de María no tiene más sentido que Cristo y todo se subordina en función de Cristo. Cristo era su punto de referencia. Cristo era su punto de gravedad. Cristo era para Ella la equidistancia de todo. Cristo estuvo en el medio entrañable de su ser. Cristo era el reclamo de toda su vida. Para Ella era el centro de la casa, era la flor más bella que había producido la humanidad; era la luz más admirable que Ella pudiera admirar; era lo más monumental.

Cristo era para María el sitio de cita, de convergencia con Dios. Era valor esencial, concentrado de todas las ilusiones del pueblo elegido. La esencia que Ella había producido en sus entrañas. Cristo era la incisión de su corazón traspasado; el corazón que Ella había hecho con su propio corazón. Era la médula de toda su vida.

María alienada en Cristo, atenta, absorta en Cristo, aprendiéndose todos los gestos de Cristo, vivía concentrada en Cristo. Nada de Cristo le resultaba tangencial o marginal... Continuamente volvía al tema y melodía de Cristo. Si lo perdía, volvía incansable en busca de Él, hasta encontrarle y amorosamente querellarle, porque no le pudo retener junto a sí.

María daba con todo en el enfoque de Cristo. Se aplicaba a Cristo y equilibrada de amor, tan fecunda en amor, tan pesada y madura por amor, supo engendrar además de Cristo, al Cuerpo Místico, la nueva dimensión eclesial de Cristo.

Pidan a María esta sensibilidad y grandeza, para comprender que Cristo basta. Él es ideal para poder centrar toda nuestra vitalidad y toda nuestra vida. Ojalá tengamos más cada día en Cristo Jesús.

JESÚS MONTERO TIRADO, S.I.
Sevilla, 11 agosto 1972



Hijas de
Jesús